

INTRODUCCIÓN

POR NARCISO CARRERAS MATAS

La vertiginosa evolución de los acontecimientos en la Unión Soviética y en Europa ha producido un cambio imprevisto en la geopolítica de nuestro Continente, en la seguridad y en el equilibrio mundial.

La conmoción causada por la perestroika no sólo ha afectado al interior de la Unión Soviética y de los países del Pacto de Varsovia, sino también principalmente a las perspectivas de paz, entendimiento y cooperación, y al establecimiento de un nuevo orden justo y duradero en Europa. Pero la consecuencia más espectacular se ha producido en Alemania, que en menos de un año ha visto derrumbarse el muro de Berlín y culminada su reunificación.

Sin embargo, ningún país puede sentir tanto el peso del cambio como la propia Unión Soviética que se enfrenta a un cúmulo de problemas internos: políticos, ideológicos, económicos y de integridad territorial. Desde las necesidades de reorganización, divergencias internas de sus dirigentes y dificultades económicas de abastecimiento de la población, hasta los intentos de independencia de los países anexionados y la conflictividad de los numerosos grupos étnicos de su territorio. Todo ello, además de la enorme frustración de tener que abandonar lo que desde hace 60 años ha sido un credo político y modelo de sociedad comunistas, que ha tratado de imponer a los demás países con tanta fuerza y convicción.

También lo experimentan los países de Europa central y oriental, con su liberación de la dominación soviética y las nuevas perspectivas de cooperación regional con las democracias más avanzadas, como Alemania, Italia y Suiza, que pueden jugar un papel importante, especialmente en

cuanto a las inversiones. La prioridad de la reforma económica, que es crucial para toda Europa, debe superar los viejos antagonismos étnicos y tensiones de antaño, paralizados durante los años de régimen comunista. El éxito de esta reforma es esencial para evitar el paro, emigraciones en masa y refugiados económicos que los países occidentales no podrían absorber.

Pero estos países, que se hallan económicamente arruinados, han de enfrentarse a una recuperación y reclaman lo que consideran su papel histórico en el Continente. A corto plazo les esperan difíciles reajustes inevitables en el paso a un sistema democrático de libre mercado, a pesar de la solidaridad y apoyo que también les pueden prestar los países occidentales, los organismos económicos mundiales y la Comunidad Económica Europea (CEE) en su difícil transición. No es fácil explicar como países que tradicionalmente habían sido grandes exportadores de productos agrícolas, como Polonia y Rumanía, han padecido una crónica escasez de alimentos. Ni como Checoslovaquia, que en el pasado era el centro industrial del Imperio Austrohúngaro, posee actualmente una industria tan anticuada, incapaz de competir en los mercados internacionales. Ejemplos similares de descenso de producción y crisis económica podrían hacerse extensivos a los demás países de Europa oriental.

Pero los soviéticos y los habitantes de estos países de Europa del Este no hablan necesariamente el mismo idioma cuando expresan la necesidad de realizar reformas fundamentales en la política y en la economía. Para los dirigentes soviéticos los ejemplos históricos y su experiencia provienen del leninismo y del zarismo, en relación a lo que Rusia puede llegar a ser, aunque no les falte el ejemplo anterior de los países industrializados y económicamente más desarrollados del mundo, cuyo sistema ha demostrado ser superior al sistema comunista. En cambio, los países de Europa oriental poseen modelos históricos en los nexos políticos y culturales entre Europa central y Europa occidental.

La Europa central fue durante 1.000 años el corazón del Sacro Imperio Romano, iniciado en el año 800 con la coronación de Carlomagno. A pesar de sus múltiples imperfecciones creó un ambiente de coexistencia y cultura que facilitó la vida en común en forma más o menos pacífica. El Imperio, como es sabido, tuvo la cualidad universal de denominar la voluntad de los pueblos sin sofocarlos, y ese espíritu de coexistencia es el que evoca Europa en el actual proceso de unificación de la CEE. Cada vez cobra más fuerza la idea de que Europa no es sólo un gran mercado y una gran potencia económica, sino ante todo una entidad espiritual y cultural. No en vano el Sacro Imperio Romano estuvo fundado en la dualidad espiritual y

política. En la Edad Media, Europa y cristiandad eran indistinguibles. El vacío producido en Europa oriental y central con el derrumbamiento del sistema comunista, hace pensar que renacerán estos valores que siempre ha defendido Europa.

En relación a la tan trascendente reunificación de Alemania, las cuatro potencias vencedoras de la Segunda Guerra Mundial han superado los temores de una posible vuelta al pasado, tan difícil de olvidar, y han apoyado la voluntad de unificación del pueblo alemán. Los mayores recelos estaban en la Unión Soviética. Gorbachov en su visita a Estados Unidos recordó que los soviéticos pagaron en la última contienda mundial el doloroso tributo de 26 a 27 millones de víctimas; unas 1.700 ciudades y 6 millones de edificios destruidos y 25 millones de habitantes sin hogar. Aunque los dirigentes soviéticos saben que la actual República Federal de Alemania (RFA) es radicalmente distinta a los anteriores Estados alemanes, y creen en la sinceridad y convicciones alemanas (y han aceptado la reunificación), quisieran tener la seguridad de que nunca más pueda repetirse una agresión en el futuro.

La nueva política del Kremlin se hubiera visto favorecida con una Alemania unificada neutral, ajena a toda alianza militar, que se comprometiera a no producir, adquirir, ni estacionar armas de destrucción masiva en su territorio. Moscú desearía que los dos Pactos militares (OTAN-Pacto de Varsovia) fueran sustituidos por un nuevo sistema de seguridad paneuropea, aún por determinar. Sin embargo, los expertos occidentales creen que una Alemania reunificada perteneciente a la OTAN evitaría estas preocupaciones. Aunque los soviéticos digan otra cosa, saben que también les conviene a ellos, si bien puede representar una derrota sociológica, ya que los enormes sacrificios sufridos a causa de las fuerzas de Hitler parecerían perder sentido.

La RFA ha suscrito un acuerdo con Polonia comprometiéndose a respetar la frontera de la línea Oder-Niese, establecida al término de la Segunda Guerra Mundial. Las elecciones generales del día 2 de diciembre van a consolidar el régimen político de los próximos años.

Dado el panorama geopolítico cambiante en Europa, se cuestiona la actual validez y continuidad de la OTAN, y no falta quien se pregunte si hoy día es realmente necesaria una nueva defensa de Europa y, en caso afirmativo ¿en qué forma se concibe? ¿no sería mejor sustituir la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) por la Unión Europea Occidental (UEO), la CEE, o bien la Conferencia Sobre Cooperación Europea (CSCE) creada en 1975 en Helsinki?

También, ante una situación tan distinta como la actual en relación al pasado, interesaría saber ¿cuál sería la futura estrategia defensiva de Europa?

Una de las características principales de la OTAN ha sido su capacidad para adaptarse a las situaciones de cada momento. Esta flexibilidad se puso de manifiesto en la Declaración de Londres, en la que se reconoció la gran transformación de Europa del Este; su trascendental paso de la confrontación a la cooperación; de la hegemonía de los asuntos militares a un enfoque más político de las cuestiones de seguridad; y el planteamiento de dos temas centrales: un nuevo proyecto para Europa libre y unida, y un nuevo concepto de defensa.

Este nuevo concepto se basa en la necesidad de preservar una defensa común, aunque la estabilidad y la seguridad del futuro no dependerán sólo de factores militares, sino también políticos. Considero que por muy benigna y prometedor que sea la nueva era de Europa, los aliados siempre necesitarán dispositivos militares de defensa. El mundo está lejos de erradicar las agresiones y las guerras locales; existen riesgos de confrontaciones armadas que pueden amenazar los intereses vitales de los países, por lo que no puede considerarse que estemos en una era de paz que permita prescindir de la seguridad. Existen nacionalismos radicales difíciles de conformar; países en conflictividad con sus vecinos, como la confrontación permanente árabe-israelí; la invasión de Kuwait; terrorismo; posibles agresiones inesperadas, etc. El Mediterráneo se perfila como una nueva área de posible conflictividad si el fundamentalismo se extendiera en el norte de África y se unieran los países árabes en una causa común, y son numerosas las zonas de inestabilidad.

Al analizar la situación actual, la Alianza revisa su defensa y ha sustituido el antiguo concepto de «amenaza» por el de «riesgo», que expresa más la idea de incertidumbre sobre posibles acontecimientos en el proceso de transición, que de desconfianza en los deseos de paz y cooperación de la Unión Soviética y países de Europa central y oriental.

En el aspecto puramente militar cambiará la disponibilidad instantánea de las fuerzas para combatir a un nivel máximo de defensa, por una «estrategia de reconstrucción», basada en la capacidad de generar fuerzas con rapidez mediante la movilización de unidades. Prevé el mantenimiento de la seguridad a base de fuerzas reducidas, modernas y móviles; en el aumento de unidades multinacionales; en una defensa aérea eficaz, con un sistema de inteligencia y vigilancia espacial, basado tanto en el sistema americano,

como en un sistema europeo propio de satélites —mediante la posible creación de un centro europeo espacial—, y en aplicación de nuevas tecnologías. Considera que la última garantía de paz sólo puede provenir del mantenimiento de fuerzas nucleares que proporcionan un marco estable a largo plazo para la prevención de cualquier conflicto.

Ante la posible conveniencia de sustituir la OTAN por otros organismos, como la UEO, la CEE o la CSCE, cabe decir, en primer lugar, que en la actualidad no se trata de una cuestión que reclame un cambio, ya que la Alianza sigue siendo una garantía de paz. Mientras sea necesario avanzar en el desarme; ver la evolución de los procesos en curso y la solución de las situaciones de conflictividad, parece aconsejable actuar con cautela al adoptar decisiones sobre esta materia. En segundo lugar, es preciso tener en cuenta que los organismos, en general —y los mencionados no son una excepción—, desempeñan con acierto las funciones para las que han sido creados, pero no ocurre igual si asumen cometidos que les son ajenos. No se considera que pudieran reemplazar a la Alianza con igual eficacia.

La UEO, como es sabido, carece de estructura militar y de capacidad orgánica para asumir responsabilidades operativas de defensa. No todos los miembros de la OTAN pertenecen a la UEO, y una de sus características es no desempeñar cometidos de la Alianza. El potencial defensivo del pilar europeo es reducido y la presencia de Estados Unidos sigue siendo necesaria en Europa, aún cuando va a reducir la cuantía de sus fuerzas. Para potenciar el pilar europeo haría falta que los países europeos aumentarían sus presupuestos de Defensa, lo cual es impensable; la situación podría agravarse si viniera una época de recesión económica general. La CEE tiene muchas cargas y problemas que absorben por completo sus actividades y no está concebida ni estructurada para desempeñar responsabilidades de defensa. La CSCE carece del campo de acción necesario para ello.

En la mencionada Conferencia de Londres, se ha abierto en la OTAN una relación política y militar entre los dos Pactos. La Alianza invitó al presidente Gorbachov y a otros dirigentes de Europa central y oriental para asistir al Consejo del Atlántico Norte y a establecer relaciones diplomáticas con la OTAN. Mandos militares de estos países del Este participan en las reuniones y han sido invitados como observadores a ejercicios y maniobras militares, y la Alianza es especialmente cuidadosa en no herir la sensibilidad soviética en materias que afectan a su seguridad.

Finalmente merece destacarse el refuerzo a la seguridad en Europa con la firma del Tratado sobre Reducción de Fuerzas Convencionales en Europa

(CFE) por las naciones de la OTAN y Pacto de Varsovia, el 18 de noviembre de 1990, en Viena, suscrito el día siguiente en París por los jefes de Estado y de Gobierno que asistieron a la cumbre de la CSCE. Con el equilibrio de fuerzas y medidas de confianza aprobadas, se ha iniciado un importante proceso en las actividades de control de armamentos y desarme que debe continuar en Viena.

Estos aspectos principales configuran la realidad actual de la defensa y seguridad, esenciales para mantener el clima adecuado de estabilidad y cooperación, y crear una situación de verdadera paz, indispensable para emprender una reconstrucción europea en la que los países del Este se incorporan al sistema democrático occidental.

EL PRESIDENTE DEL GRUPO DE TRABAJO